

El demonio perverso antipsicológico de Edgar Allan Poe: Contra la Psicologización

Humberto Rojas González

Resumen

Se llevan a cabo una serie de planteamientos para reflexionar la posibilidad de una crítica a la psicologización como fenómeno presente en nuestra época donde el discurso dominante es el del capital. Esto se realiza a partir de un ejemplo de la literatura en la obra de Edgar Allan Poe para realizar una serie de argumentaciones acerca del discurso del capital y el proyecto de diseño de un individuo psicológico interconectado por una red del cognitariado que lo convierte en auto gestor de sí mismo. De igual forma se hace una revisión acerca de las bases materiales discursivas de la psicologización y el psicologismo que dan forma a las directrices de la creación de este individuo psicológico. Del mismo modo se rescatan algunos pasajes de autores como Freud, Lacan y Foucault que nos permiten problematizar todo lo anterior y pensar críticamente esta psicologización propia del discurso del capital. Se concluye parcialmente en el presente trabajo con la propuesta de algunos elementos básicos a considerar para esta crítica a la psicologización y sobre la importancia la misma.

Palabras Clave

Psicologización, discurso, subjetividad, psicología crítica.

Abstract

This paper presents a series of arguments to reflect on the possibility of a critique of psychologization as a phenomenon present in our time, where the dominant discourse is that of capital. This is done using an example from the literature of Edgar Allan Poe to develop a series of arguments about the discourse of capital and the project of designing a psychological individual interconnected by a network of cognitariat, which makes them self-managing. Similarly, a review is made of the discursive material bases of psychologization and psychologism that shape the guidelines for the creation of this psychological individual. Likewise, passages from authors such as Freud, Lacan, and Foucault are drawn upon, allowing us to problematize all of the above and critically examine this psychologization inherent in the discourse of capital. This work concludes, in part, with a proposal of some basic elements to consider for this critique of psychologization and an discussion of its importance.

Keywords

Psychologization, discourse, subjectivity, critical psychology.

¿Podrá ser el inconsciente, la freudiana máquina de soñar con sus poéticos procesos primarios de metáfora y metonimia, el último baluarte de resistencia frente al control?

Nestor Braunstein. El inconsciente, La técnica y el discurso capitalista.

Si buscamos a través de una mirada panorámica a partir de diversas referencias históricas podemos encontrar diversos ejemplos de discursos los cuales no se encuentran circunscritos a la visión psicologizada del género humano, si es que tal cosa existe, que es propia del advenimiento y consolidación del discurso del capital moderno. De tal modo que partiendo de la hipótesis teórica donde nos atrevemos a pensar el capitalismo no solo como una estructura económica, sino además como una maquinaria discursiva que produce una psicologización de todo lo humano considerando que este es un condicionamiento reduccionista que objetiva la subjetividad y que en su versión cientificista todo lo vuelve proceso, concepto, método, salud, enfermedad, tratamiento, etc. Todo esto se convierte en aspectos normativos de la disciplina en tanto práctica de la psicología que siempre son el telón de fondo en esas nociones de base que nos hablan de un problema inicial. Problema que llamaremos en esta reflexión como la consolidación discursiva de la psicologización, construcción previa de lo humano en tanto una visión ideologizada de lo que debe ser.

La práctica de la psicología con todas sus variaciones e inserciones sociales deja traslucir esa psicologización que está en el fundamento de su contenido, dejando ver la forma de un reduccionismo sin límites y estratégicamente bien concebido que lleva a la cosmovisión psicologicista de todo lo humano

(Freud, 1933.146). Lo que se plantea aquí sigue ese tratamiento que hace Freud de la noción de “cosmovisión” en su ensayo Entorno a una cosmovisión en donde concluye que efectivamente el psicoanálisis no es una cosmovisión de lo humano. Esto quiere decir que no habla de lo que es ni de lo que debe ser lo humano. Para Freud el campo al que se circunscribe el psicoanálisis es muy específico y concreto. No en cuanto a especialización como ideología de las profesiones, sino en cuanto a sus postulados metodológicos y éticos de su práctica. Por lo tanto es perfectamente claro que no puede ser una cosmovisión. Porque si lo fuera hablaríamos de:

“Una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso”. (Freud, 2006.146)

¿Es la psicologización un proceso discursivo que cumple con los rasgos y criterios mencionados por Freud acerca de una cosmovisión? Responderemos afirmativamente. Esto es así porque siguiendo a Freud, sin ingerir en él, veremos como esta construcción intelectual es en realidad una ideología, es decir un sistema de ideas metafísico que no es más que la expresión de la conciencia de la clase dominante. Por lo tanto en una cosmovisión hay siempre una ideología que implica a la clase dominante.

Del mismo modo cuando Freud habla de una “hipótesis suprema” en tanto un modo de entender lo que es una cosmovisión podemos observar que efectivamente el psicologismo y la psicologización funcionan como hipótesis supremas que adscriben todo lo humano en una reducción ideológica que no investi-

El resaltado es nuestro.

ga lo que investiga ni estudia lo que estudia, sino que lo produce a partir de estas hipótesis supremas. Todo lo humano es psicológico diría el psicologismo en tanto discurso y además puede ser explicado mediante la psicología diría la psicologización. Es por ello esta reducción es al mismo tiempo una cosmovisión.

Pasemos ahora a puntualizar que una cosmovisión es una solución a la falla en el saber, a la falta inherente al intento de captura lo real humano. Es por esto que el psicoanálisis no es una ciencia de lo humano sino que toma su punto de partida de un sujeto de la ciencia. Así esta cosmovisión implicada en esta psicologización funciona como un sistema ideológico donde todo lo humano y sus interrogantes encontrarían su lugar y su explicación certera. ¿Se tratará de este vacío o agujero en el saber acerca de lo real humano lo que lleva a la creación de cosmovisiones que abarcan nuestras principales inquietudes e incertezas?

Llega el momento de introducir el material que servirá de análisis para establecer un relato discursivo contra la psicologización y el psicologismo. Recordemos que hay que partir del hecho de que no hay psicología posible sin psicologización propia del discurso del capital que es la base material de esta cosmovisión y que es al mismo tiempo este psicologismo de lo humano. Dicho esto pasemos a nuestro ejemplo. Se trata del cuento de Edgar Allan Poe titulado *El demonio de la perversidad* (Poe. 2012). Poe es esa clase de escritor que abre con su discurso una brecha hacia lo profundamente real de la experiencia humana: la muerte, la angustia, el horror, el dolor y el sufrimiento.

En este cuento Poe arranca con una severa crítica dirigida a la frenología de su tiempo.

Aquel psicologismo del siglo XIX que adjudicaba ideologías dominantes a las partes o áreas del cerebro. Por ejemplo la superioridad racial se justificaba por observaciones de la anatomía y composición del cerebro que explican porque los blancos dominan a los negros. Pero, ¿de qué tata el cuento? A manera de una especie de monólogo, un condenado a muerte nos cuenta la tragedia de la experiencia que lo tiene en esas condiciones viéndose prisionero detrás de las rejas. Esta disertación hecha monólogo comienza por una crítica a la frenología que plantea el siguiente punto al que alude Poe a través de su personaje. La frenología se trata de una metafísica muy al estilo de las ideas dominantes del siglo XIX. Y como toda metafísica se trata de una elaboración ideológica a priori. Ya veremos como precisamente este mecanismo desde el siglo XIX produce una psicologización sostenida en una metafísica a priori y que es la base en los comienzos de esta cosmovisión. Una preconcepción ideológica de lo que es el humano y lo que debe ser.

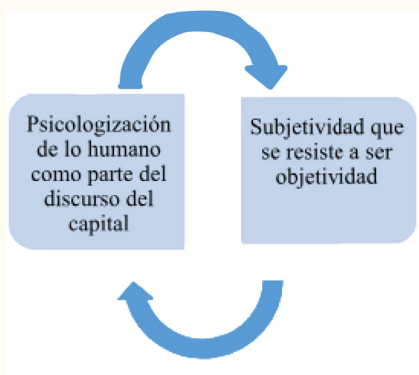
Considerando lo reflexionado hasta aquí nos interesa insistir en esa categoría elaborada a priori antes de continuar con los aspectos importantes del cuento de Poe y adentrarnos en la hipótesis analítica del discursivo que plantea el relato del personaje del cuento como un acto contra la psicologización. De tal forma recordemos como no lo enseñaron en el bachillerato. Lo a priori hace referencia a algo que esta antes de la experiencia. Hablamos de LA experiencia con mayúsculas. Esto quiere decir el acontecimiento que involucra diferentes dimensiones de lo humano: biológicas, cognitivas, sociales, perceptivas, simbólicas, políticas; tomando en cuenta que una cosmovisión a priori implicaría una elaboración de lo humano antes de encontrarlo en la experiencia. Es por ello que esto nos acerca bastante a la psicologización que tanto

Ninguna descripción del cuento de Poe podría sustituir su lectura, ante lo cual invitamos al lector a realizarla directamente.

es aludida desde el principio. Lo a priori implicaría algo así como lo preconcebido ideológicamente por el discurso del capital antes del encuentro con la subjetividad que resiste a ser psicologizada.

Podríamos sintetizar lo anterior en términos de un conflicto dialéctico:

Cuadro I. Relación dialéctica psicologización-subjetividad.



Cuadro I. Relación dialéctica psicologización-subjetividad.

II

Pasemos ahora a detectar el devenir histórico de esa consolidación del discurso del capital y su objetivación material en la psicologización. Agreguemos a todo esto que no hay psicologización sin justificación científicista. Esta justificación encuentra ecos en la psicología académica y la práctica ideológica de la psicología. Podemos ver todo un desfile de teorías y autores que desde el siglo XVI-II aproximadamente no han hecho otra cosa sino construir de modo a priori la psicología necesaria del sujeto del capital. Esto ha derivado en la composición actual de una psicología que de manera no tan franca pero si abierta y descarada declara su complicidad

absoluta con la estabilización del régimen del capital y el sujeto que le es necesario. Si a esto sumamos una euro centricación y una norte americanización de la psicología este amasiato con el capital se hace evidente. Preguntemos, ¿qué hicieron los primeros psicólogos para dar a la psicología un lugar y diferenciarla, pero sobre todo para justificarla como un saber necesario para la sociedad moderna y una nueva disciplina?

Esta cosmovisión de lo humano que comienza a consolidarse al mismo tiempo que se consolida el capital en tanto modo de producción dominante, no solo de la estructura económica de la sociedad sino también y al mismo tiempo como modo de producción dominante de una determinada subjetividad, detona el imperio de una ficción explicativa de lo humano reducida al psicologismo que se justifica socialmente y se hace pasar como un bien común. Se dice entonces que por el bien de la sociedad todos “deberíamos ir a terapia”, “aprender a mejorar nuestras relaciones con los demás”, “saber un poco de liderazgo y superación personal”, “inscribirse en una escuela para padres” o “ir a un diplomado sobre relaciones de pareja y como mejorarlas”. La psicologización de lo humano se hace pasar por un bien común que expresa predominantemente este principio a priori de una ideología muy engañosa que da por sentado que puede haber armonía absoluta entre el bien individual y el bien social. Donde hay relación de tensión más bien conflictiva y debe observarse bajo la óptica de las relaciones sociales de producción y la dinámica de la constitución subjetiva se impone algo que se hace pasar como bien común y que soluciona ideológicamente un conflicto estructural constitutivo entre lo llamado individual y social. El advenimiento del sujeto constituido socialmente no es un proceso terso y liso. Freud escribió el Malestar en la cultura

justamente por ello analizando este conflicto inherente a dicha constitución subjetiva que es el malestar. (Freud. 1930).

Para volver un poco debemos considerar que en la práctica de los psicólogos se parte de una concepción equivocada de las personas y sobre lo que estas deberían llegar a ser. (Parker. 2010). Se trata de un reduccionismo a priori como venimos reflexionando. Concepción que se gesta en condiciones histórico-materiales concretas y que brindan la base para que se configure una “psicología humana” como determinada forma de objetivar a las personas. La inercia imparable de estos psicólogos y estas psicologías será la de lograr meter en el costal de la objetividad todo lo que se deje atrapar de la subjetividad cueste lo que cueste. Creatividad no hará falta para ello. Este costal de la objetividad es muy importante porque pretende universalizarlo todo o reducirlo fragmentariamente a un solo aspecto como por ejemplo lo cerebral o lo neuronal como centro de todo lo humano; en este costal de la objetividad se materializan los intereses político-económicos del capital. No nos es posible olvidarnos de todo ese conductismo y neo conductismo que son una expresión descarada de esta psicología en tanto medio de control social y que por obvias razones despertó el interés de todo el sistema capitalista estadounidense. Dado que se trata fundamentalmente de eso: no hay capital sin su psicología. El discurso capitalista se convierte en la psicologización de lo humano. Dicho de otro modo: ¿Qué disciplina es capaz de analizar y mantener el orden social en el plano individual? La psicología a través de esta psicologización como reducción metafísica de una preconcepción a priori que obedece a los intereses materiales del capital. La subjetividad como un discurso atravesado por lo social queda reducida a la psicología individual separando metafísica-

mente un mundo exterior de un mundo interior. Es decir, la diferencia que hay entre lo que sucede por ejemplo en el exterior de la empresa o el lugar donde trabajo y lo que sucede en mi interior en forma de ansiedad queda se psicologiza. Se vuelve una diferencia separada en tanto que una cosa es el trabajo y la empresa diferentes de lo que pasa “dentro” de mí que no hago lo suficiente, y para agregarle, sufro ansiedad o depresión. Se rompe así la continuidad entre lo que podría estar sucediendo en el lugar donde trabajo y lo que sucede conmigo mismo. Separación entre lo social y lo individual. Arma del capital.

No debemos olvidar al mismo tiempo que con el advenimiento del estado capitalista propiamente dicho se hizo necesaria la justificación en la narrativa social de una disciplina que cumpliera funciones sanitarias nuevas para lidiar con los síntomas sociales que el mismo capital produce. Objetivar como producto de esta psicologización pasa por observar, clasificar, tratar, encauzar, aconsejar, adiestrar, entrenar, informar, orientar, etc. Justamente todo aquello que nos recuerda a aquella sociedad disciplinaria que analizó Foucault, que también se perfecciona y evoluciona, por decirlo de algún modo, en la sociedad de control conceptualizada por Deleuze. Será en la sociedad de control en la cual aparece este cognitariado masivo en donde aparece un sujeto conectado a la red. Ahí se ubica este soporte ideológico a partir de la psicologización y que se asienta y hunde sus raíces en la cultura y la sociedad.

Continuando con esto y para ir volviendo de a poco al cuento de Poe podríamos agregar otra manifestación del conflicto dialéctico entre objetividad de la psicologización y lo que podríamos llamar una subjetividad en resistencia. Recordemos que la psicología tiene que dar un giro forzado en el plano episté-

mico que se vuelve muy problemático hasta hoy en día, aunque psicólogos y psicólogas atrapados en la inercia de su disciplina no se detengan a reconocer sus implicaciones y las preguntas que genera. Por ejemplo debemos partir críticamente de que el observador, el investigador, el terapeuta, el orientador se dirige a otro con un discurso que lo objetiva quedando ambos al margen en tanto sujetos. Este problema epistémico es fundamental: el psicólogo “científico” pretende estudiar objetivamente, es decir sin su subjetividad, un objeto que no lo es puesto que se trata de otro sujeto. Es como aquello que menciona Camus en su ensayo sobre Sísifo (Camus, 2016) cuando recuerda unas palabras de Karl Jaspers y nos dice: “esta limitación me lleva a mí mismo allá donde ya no me retiro detrás de un punto de vista objetivo que no hago sino representar, allá donde ni yo mismo ni la existencia ajena puede ya convertirse en un objeto para mí”. Un acontecer donde la experiencia no es objeto, donde la representación de mí mismo como observador me limita, me aleja. Se trata de algo que no se retira ni se resguarda detrás de aquello que aleja de la subjetividad. Un acontecimiento de resistencia que denuncia la prisión de la objetividad.

Si seguimos esta línea de reflexión podríamos evocar una idea bien sugerente que nos dice cuál es el paso extra que da la psicología a través de la psicologización. Nos dice Jan de Vos:

“aquí se muestra que la psicología se establece a través de la psicologización, la interpelación del sujeto a verse a sí mismo (y a los otros y al mundo en general) desde el discurso psicológico y sus teorías”. (Jan de Vos, 2019, 53).

Como podemos observar se trata de una interpelación después de todo. Una forma de

verse a sí mismo desde la óptica de todo un dispositivo. Configurarse a sí mismo. Verse a sí mismo a través de otro que no se es. Se interpela uno a sí mismo como algo que se moldea a partir de lo deseable, lo esperable. La psicologización en su vertiente de interpelación le habla a otro que no es, creando y configurando una subjetividad a modo.

III

¿Qué sucedería en otro marco discursivo donde sea otra la interpelación, o sencillamente no la haya? O para decirlo de otro modo ¿Qué hay en nosotros si dejamos de interpelarnos a través de esa psicologización que nos hace ser otros? Intentaremos responder a esto con un ejemplo en la literatura: Edgar Allan Poe. El relato que vamos tratar se publica por primera vez en la revista “Graham’s Magazine” en julio de 1845 y la primer advertencia que proponemos para poder escuchar esa otra voz no objetivada por la psicologización que nos habla de ese otro registro subjetivo que resiste es justamente eso, tratar de no psicologizar el relato. Generalmente las reseñas acerca del mismo sugieren que Poe realiza un análisis psicológico y que supuestamente analiza la personificación de los impulsos autodestructivos del ser humano en una figura que denomina el demonio de la perversidad. Nosotros vamos a resaltar de igual forma lo mismo pero sin psicologizarlo ni personificarlo. Para no psicologizar el relato y escuchar esa otra cosa que Edgar Allan Poe quiso decir es necesario tomar en cuenta esto antes de entrar a los detalles del relato y lo que nos muestra. Dicho sea de paso, remitimos al lector directamente al cuento de Poe dado que al final esa opinión formada por sí mismo es insustituible.

Se trata del testimonio de un condenado que se encuentra preso a manera de monólogo como se decía introductoriamente. Vemos

que el relato comienza con una disertación analítica sobre ciertas interrogantes que comienza por plantear el condenado a manera de una especie de ensayo. Entre otras cosas, llama la atención que comience como decíamos anteriormente con una crítica a la frenología del siglo XIX. Tratando de buscar la justificación metafísica para la ideología dominante en la forma del cráneo, la frenología es un intento franco de objetivación de lo subjetivo de forma hasta diríamos grotesca. Pero lo fundamental recae en lo que le interesa a Poe que es plantear una observación a la frenología ya que esta no acepta las paradojas y la dificultad de objetivar aquello que Poe comenzará por llamar demonio de la perversidad (sin aludir directamente a un contexto clínico o psiquiátrico en la palabra). Dirá el personaje de Poe en su disertación que se trata de una tendencia humana que aparece como un móvil y no tanto como motivo tal cual, sino justamente como un motivo no motivado (Poe, 2012. 255). Es una paradoja y una contradicción a la que trata de hacer lugar el condenado que habla y que alza la voz para señalar la existencia de esto. Es una paradoja porque “bajo esta influencia, actuamos sin un objetivo comprensible; o expresándolo de otra manera, en este impulso actuamos precisamente por la razón de que no deberíamos actuar” (Poe, 2012. 256). El condenado que escribe en su celda prosigue su disertación y en su análisis pasa a enumerar varios ejemplos de esta perversidad que nos hace actuar de forma contraria a como se esperaría racionalmente. Se trata de efectos cotidianos de esta perversidad que se manifiestan en esa especie de voluntad contraria (Freud, 1892-93. 156). A través de una situación clínica que Freud decide comunicar por el efecto cuasi milagroso que produce gracias a lo que llama por aquel entonces curación por hipnosis y que nosotros utilizaremos para resaltar ese demonio de la perversidad que

insiste en contrariar la normalidad psicológica y desestabilizar cualquier psicologización. El caso de Freud al que aludimos es el de una señora que se ve impedida de amamantar a sus recién nacidos. De manera extraña y curiosa desde que su primer hijo nació se vio impedida de alimentarlo directamente dando pecho cayendo en crisis profundas de depresión y ataques de furia, rechazo y síntomas físicos como anorexia y angustia permanente. El cuadro clínico que nos presenta Freud bien podría ser catalogado actualmente con el nombre común de depresión post parto. Pero más allá de esto lo que nos interesa es esta voluntad que la lleva a hacer todo lo contrario de lo que ella pretende y supuestamente desea: amamantar a su recién nacido.

*“...tiene el firme designio de dar el pecho y procede a ello sin vacilar. Pero entonces se comporta como si de ningún modo tuviera la voluntad de amamantar al niño, y esta voluntad le provoca todos aquellos síntomas subjetivos que una simuladora fingiría para sustraerse del amamantamiento: la inapetencia, la repugnancia a los alimentos, los dolores cuando le ponen el niño al pecho y, además **—puesto que la voluntad contraria es superior a la simulación consciente en cuanto al gobierno sobre el cuerpo—** (...) Se presenta aquí una **perversión de la voluntad**”.* (Freud, 1892-93. 157).

En la apreciación clínica de todo esto vemos que Freud coincide de alguna manera con Edgar Allan Poe. Nos encontramos con sucesos humanos que no se explican fácilmente en un reduccionismo psicológico. Diríamos aún más si consideramos que este psicologismo ni siquiera puede dar cabida al reconocimiento de este demonio de la perversidad puesto que contradice desde el discurso psi-

Los resaltados en negritas son nuestros.

cológico sobre la voluntad consciente hasta la ideología dominante que presupone el deseo materno como algo natural o instintivo. Digamos que según desde cierta ideología psicológica, una madre por instinto debería desear alimentar a su recién nacido. Pero resulta que la paciente de Freud en lugar de eso experimentaba todo lo contrario. De ahí que Freud insistiera en reconocer esta contrariedad en la voluntad. Hay algo contradictorio que desestabiliza lo supuestamente esperado. Más allá de la voluntad de la madre están estas acciones “involuntarias” que le impiden actuar. Este demonio de la perversidad o la perversidad de la voluntad irrumpe y descentra todo imprimiendo una connotación de contrariedad, resistencia y rechazo. No queremos abusar ni dar a entender otra cosa con la palabra perversidad que no sea el hecho de que es el nombre que Poe usa para nombrar esta diferencia que produce contradicción. No pretendemos dar esa connotación de estructura clínica que se usa en psicoanálisis. Aclarado esto diremos que todo lo anterior nos obliga a reconocer los efectos subjetivos de lo que detecta tanto Freud en su descubrimiento como Edgar Allan Poe en su relato sobre el demonio de la perversidad.

IV

Extendiendo un poco el ámbito de nuestras preguntas trataremos de visualizar este demonio de la perversidad en el relato de Poe en el acto donde afecta lo que podríamos denominar los procesos psicológicos básicos a los que tanto nos ha acostumbrado el reduccionismo psicológico: atención, memoria, pensamiento, lenguaje, percepción y conciencia. Esta contradicción que afecta la voluntad está siempre asechando como un demonio que llega para pervertir y mostrar otra cosa. Cuantas veces aun sabiendo la importancia de una actividad o acción que debemos o queremos llevar a cabo posponemos y apla-

zamos su realización aludiendo a un sin fin de motivos pero reconociendo esa voluntad contraria que perversamente nos aleja de lo esperado. Una voluntad que estropea a modo de sabotaje las cosas que supuestamente deseamos y genera esa dimensión de desconocimiento de algo en nosotros que nos contradice y desequilibra. Equivocaciones, errores, absurdos, deslices y experiencias ominosas donde parece que nuestra voluntad nos hace malas jugadas. Esa voluntad contraria como demonio de la perversidad que nos lleva a eso que en psicología suelen llamar algo así como procrastinación psicológica o auto sabotaje psicológico es justo lo que debemos considerar para no caer en esa psicologización que nos lleva al desconocimiento de esta voluntad contraria. Las presencias cotidianas de este demonio de la perversidad justo en las personas que realizan preparativos para algo muy importante y especialmente esperado y de pronto se accidentan o acontece algo en su vida que les impide realizar lo deseado. Y no hay duda de que ese demonio de la perversidad está asechando frecuentemente en el universo subjetivo de las neurosis, en esta ocasión usando el término clínicamente, puesto que su presencia es cotidiana. Lo que nos interesa de todo esto es como este demonio de la perversidad de la voluntad contraria puede volverse un registro de la subjetividad al mismo tiempo no registrable tal cual en términos de esa objetivación propia de la psicologización. Es como dice Edgar Allan Poe una especie de motivo “no motivado” (Poe, 2012. 255) que irrumpe sin motivo como una motivación contraria, un impulso contrario. También podríamos decir una moción en lenguaje freudiano que recuerda tanto esa dimensión de lo pulsional. Moción pulsional, decía Freud. ¿Acaso podríamos ver a la pulsión freudiana como el alimento de este demonio de la perversidad presente en esa voluntad contraria que muchas veces llega

tan lejos cuando se trata de pulsión de muerte? Dice Poe que “en este impulso actuamos precisamente por la razón de que no deberíamos actuar” (Poe, 2012. 257). Partiendo de que hay en esto una certeza en el error o una presencia absoluta en la posibilidad de la equivocación es precisamente el camino en que se manifiesta esta voluntad contraria. La falla en los procesos secundarios en la primer tónica sobre el aparato psíquico de la teoría freudiana, esos que el psicologismo reduce a una psicología sobre el individuo.

Cuando este demonio de la perversidad irrumpe creando un agujero en la continuidad de la normalidad psicológica y sobre todo cuando su voz es la de la pulsión de muerte llegamos a ver esas fallas que nos muestran la endeblez de un sistema de auto conservación que se pone en entre dicho todo el tiempo. Terminamos haciendo lo que más nos afecta. Donde debería haber “autoconsecución” según cierta ideología encontramos más bien repetición. Ese demonio de la perversidad que se alimenta de esa pulsión de muerte que también es compulsión a la repetición y que nos hace caer siempre en las mismas trampas. Uno va aspirando a un determinado designio de nuestra voluntad y el demonio de la perversidad nos hace decidir nuestro propio mal. Contradicción en la voluntad es cierto, pero también y más interesante es decir voluntad de contradicción que quizá sea esa precisamente la voluntad del demonio de la perversidad. La pura voluntad de introducir la contradicción sin otro fin que ese mismo.

Ubiquemos a continuación algunas virtudes de este demonio de la perversidad (Poe, 2012. 258):

No se puede dilucidar con certeza.

No se puede resolver intelectualmente.

“es un impulso radical, tectónico, elemental”.

“una conducta que persiste aún a sabiendas que no debe realizarse”.

“nos conmueve la gran fuerza del conflicto interior, de lo definido en contra de lo indefinido; de la sustancia contra la sombra”.

Notamos aquí lo que casi podría ser una teorización de la subjetividad concreta que nos ofrece Poe. La primer evidencia subjetiva de dicha voluntad contraria es que no se puede aclarar con certeza ni el fin de su tendencia ni el objetivo de su intención. Es quizá esa su virtud y por ello resiste a la psicologización. Es por ello también que agrieta la intelectualidad psicológica del individuo. El pensamiento con sus laberintos y sus cálculos no logra descifrar el motivo de tal contradicción. No aprehende (en el sentido de aprehensión) lo que busca. La explicación de tal acción “involuntaria” que nos afecta a nosotros mismos se nos escapa, se escamotea. Y es que el demonio de la perversidad ha hablado, habla por nosotros y en lugar de nosotros realizando esa voluntad contraria que expresa el conflicto pulsional en términos freudianos. Es por ello que es radical, tectónico y elemental. Es la expresión de un movimiento que agita la centralidad del Yo psicológico siendo del mismo modo el correlato siempre presupuesto de forma a priori, es decir, ideológica, porque es al fin y al cabo es este individuo del Yo psicológico el que tropieza ante el demonio de la perversidad que resiste a la psicologización. Además debemos considerar que escapa totalmente al saber de la conciencia psicológica. Es algo que se hace sabiendo que no se debe hacer. Una conducta que cuenta con voluntad propia y que contradice la voluntad psicológica del individuo. Una conducta incondicionada cuya única voluntad es contradecir. Todo esto

crea un profundo dislocamiento y desestabilidad en el individuo cuya fuerza está marcada por ese conflicto. En nuestras decisiones, en nuestras acciones, en nuestros designios, en nuestros deseos, en nuestras conductas y comportamientos, siempre el demonio de la perversidad como le llama Poe.

V

Podemos plantear algunas líneas generales que bien podrían servir como propuesta, esto con el objetivo de poner en práctica el ejercicio de una psicología crítica que en la estructura central de lo que estudia e investiga debe estar seguramente la crítica a este psicologismo propio del sistema capitalista actual. El imperativo categórico con el que opera la psicologización que a través de la interpelación exige que uno se vea y se trate a sí mismo de forma psicológica no queda solamente en la compleja forma de un imperativo. Eso que se busca impere dentro de nosotros mismos generando consecuencias y síntomas. De tal modo que en algún lugar estalla lo que no cabe en lo que impera.

El demonio anti psicológico de la perversidad en Poe que, recordemos, nos hizo pensar en esa voluntad contraria con la que Freud se encuentra al principio de sus investigaciones clínicas y que nos permite extraer ciertas consideraciones muy importantes; entre otras, diremos con Poe que este demonio no se puede “dilucidar con certeza”. Es decir, tratar de esgrimir las razones por las cuales este demonio hace irrupción en nuestra vida cotidiana alterando y desestabilizando toda explicación psicologicista del acontecimiento es algo imposible. Tal dilucidación se escapa como diríamos en psicoanálisis a los dominios del Yo. Lo cual también nos indica que la irrupción del demonio anti psicológico de la perversidad con su voluntad contraria

no se puede resolver intelectualmente. Los paseos y laberintos del pensamiento son inútiles, ahí no se encuentra nada. Es la voz del demonio anti psicológico de la perversidad lo que hay que perseguir puesto que dicho demonio habla y su lenguaje no es el del intelecto ni el de la razón.

La psicologización capitalista se apropia mediante recursos discursivos que se manifiestan en lo concreto de la realización de un individuo psicológico que no termina por realizarse. Un demonio de la perversidad anti psicológico asecha todo el tiempo esa realización de la normalidad capitalista: el individuo auto gestionable, desconectado de lo comunitario, subsumido en el cognitariado de la red virtual, anclado al goce de lo inmediato y a los síntomas variables que todo esto acarrea. Así que la psicologización capitalista termina apropiándose de esa parte que no está en ninguna parte, de este lado de la subjetividad que no está en ningún lado, de este lugar que no tiene ningún espacio más que el del discurso. Tal vez es por ello que los servicios y mercancías del goce del consumo se aprovechen justamente de que “no hay en la naturaleza una pasión tan fuerte, tan demoniaca, como esta de quien, al bordo de un precipicio, siente la necesidad de arrojar al vacío... Nos arrojamos y nos destruimos”. (Poe, 2012. 259). Contradicción y falla en la “auto conservación” cuando voluntariamente consumimos y gozamos en lo que nos mata.

¿Qué nos muestra entonces el cuento de Poe? Tendremos que decir antes que nada que Edgar Allan Poe es un escritor cuyo mensaje siempre nos afecta, nos incluye, nos involucra y nos hace ver cosas de nosotros mismos, de lo real que moviliza angustia, miedo, terror, desesperación, presencia de la muerte. Registros de las pasiones humanas que facilitan condiciones ideales para que el demo-

nio de la perversidad anti psicológico se abra camino. Al final podríamos decir que Edgar Allan Poe crea un estilo discursivo en todos sus relatos donde el individuo psicológico queda totalmente desestabilizado. En el caso concreto de este cuento acerca del demonio de la perversidad, el testimonio del acusado y preso, alguien que espera con certeza el día de su condena y que como tal habla ya como condenado. El motivo de su condena es el asesinato. Ahora veamos la forma en que su testimonio y su confesión es realmente el reconocimiento del demonio de la perversidad anti psicológico.

Lo que trata de testimoniar el personaje es lo que en psicoanálisis se llama un acto fallido o un acto del inconsciente, así, a secas, el inconsciente que actúa, a pesar del sujeto y que sabemos leer muy bien como un discurso logrado. Un discurso nunca esta tan bien logrado como cuando es un acto fallido (Lacan, 1967. 47). Volvamos a los motivos del crimen del protagonista en su propio relato. Crimen que llevó a cabo con planeación metódica y obsesión acuciante. En su monólogo este hombre condenado cuenta los detalles de su acto haciendo énfasis no tanto en el crimen en sí y su connotación ante la ley lo cual más bien le brinda una ganancia placentera por haberla burlado momentáneamente de manera impune. Lo que sucedió es que creyendo haber burlado la ley con la impunidad y orgullo que le daba su crimen, el demonio anti psicológico lo hizo estar donde está, es decir, condenado y enfrentando la ley. Como dice el personaje: “ahora se entenderá que yo soy una de las innumerables víctimas del demonio de la perversidad” (Poe, 2012. 258). Del demonio anti psicológico agregaríamos nosotros. Ahora bien, en el aspecto del móvil material del crimen vemos que fue realizado por interés económico, o al menos eso dice el personaje. Asesinó por dinero. No se aclara

bien, pero al parecer a un familiar. Y lo hizo envenenando una vela al lado del lecho de dormir de su víctima para después desaparecer toda evidencia a la mañana siguiente y por lo tanto el hecho quedó sin resolver y el personaje impune. Escuchemos sus palabras para mayor claridad:

*“Heredé su fortuna y todo estuvo bien durante varios años. Jamás pensé ser descubierto. Yo mismo hice desaparecer los restos de la vela y no dejé ni una sola huella que pudiera dar alguna pista que propiciara una acusación en mi contra, o siquiera hacerme sospechoso del crimen. Era extremadamente satisfactorio para mí cuando pensaba **en mi absoluta seguridad. Esto me deleitó durante un largo periodo y en realidad me satisfacía más que las ventajas materiales que obtuve del crimen**”.* (Poe, 2012. 259).

La seguridad en la certeza de la impunidad de su crimen es la seguridad del control del individuo psicológico que auto controla y auto gestiona la empresa de sí mismo. Un deleite como bien lo dice el personaje. El goce en su cruce con el imaginario apareciendo en su materialización concreta en la ideología del yo psicológico, esa consistencia donde se controla el sentido y el significante. La ganancia económica del crimen no explica por completo sus motivos como el mismo personaje lo confiesa. Estamos ante otra cosa sin duda alguna. Quizá algo de lo que Freud ubica en el sentimiento de manía en el momentáneo triunfo del Yo ante el Super yo en el brote psicótico de maniaco. Burlar la ley y ser tan hábil en ello hasta lograr una maestría en la impunidad. Porque no podemos dudar a partir de todo esto que el acto criminal es un triunfo momentáneo sobre la ley que se escenifica en su crimen. Aunque de cualquier modo todo esto duró mientras tuvo que durar porque el demonio de la perversidad anti

Los resaltados en negritas son nuestros.

psicológico se inquieta y quiere hablar. En su delirio de seguridad que le da la impunidad el personaje manifiesta el siguiente discurso que deja entre ver la posibilidad de que el demonio de la perversidad aparezca como voluntad contraria. La cadena significativa es la siguiente: “estoy a salvo, salvo si no soy lo bastante tonto como para confesarlo todo”. Continúa diciendo: “por eso me di cuenta que esta casual insinuación ser lo bastante tonto y confesarlo todo era un enfrentamiento con la sombra del crimen y también era mi sentencia de muerte”. (Poe, 2012. 259). Después de que este discurso se impusiera en su “cabeza” como diríamos coloquialmente y en una situación que recuerda a algo muy semejante a las actuales crisis de angustia que llenan las salas de urgencias de hospitales y servicios médicos cuenta que mientras iba por la calle le ataca el pensamiento anterior, se le impone de manera intrusiva en su mente y siente que algo se escapa usando su propia voz. Algo que aparentemente no es él mismo pero proviene de él. Una voluntad contraria que pugna por expresarse. “Si hubiera podido arrancarme la lengua lo hubiera hecho” comenta el condenado. Esta ambigüedad que no es más que la del significante que permite dejar pasar lo que al mismo tiempo se trata de ocultar es un juego de palabras que abre la posibilidad para esta voluntad contraria. Es la escena discursiva donde la contradicción toma forma desestabilizando toda forma de auto control psicológico. Desesperadamente y tratando de escapar de eso que proviene de sí mismo corrió por la calle en un ataque de pánico. La muchedumbre atraída por la angustia y el horror ajeno se conglomeró alrededor de él. Una especie de trance impositivo se apodero de todo su ser: dicen que hablé con claridad, comenta el personaje:

“de manera enfática y apresurada, como si temiera la interrupción de aquel breve y den-

so discurso que me transportaba directo al verdugo y al infierno. Dije todo lo necesario para que se me acusara formalmente y hasta entonces caí desmayado”. (Poe, 2012. 259).

Víctima de su propio crimen. Condenado por su propia confesión “involuntaria” en un acto fallido. Los efectos resonantes de este demonio de la perversidad que no es más que el significante abriendo brecha a otro discurso que toma apariencia de voluntad contraria y aparentemente involuntaria crea las condiciones para la confesión del crimen. Una voz habló por él hablando en su lugar y en su nombre, logrando así poner entre paréntesis y en suspenso el control psicológico de la voluntad. Mejor cortarse la lengua ante tal situación. De tal forma se hace presente el momento temido. Dislocamiento del Yo psicológico y advenimiento del demonio de la perversidad anti psicológico en virtud del significante. ¿Se trata como tal de la “confesión” de un crimen? Esta respuesta solo se puede encontrar observando la postura del sujeto a posteriori del acto fallido. Todo depende de la significación por parte del sujeto y su verdadera relación con la ley, es decir, la forma en que se vea afectado por el demonio de la perversidad y las consecuencias de su crimen. Si esto afecta a la manera de una confesión (porque en la confesión siempre va implícito el registro de otro de la ley) y el contexto de la reacción del sujeto le da esa connotación entonces sí, es una confesión y no en sí misma, sino en tanto que el sujeto se coloca ahí como reacción a esta significación en función de Otro garante de la confesión. Y es que bien puede ser lo contrario. Que el sujeto coloque su acto como algo sin ninguna significación, vaciando la posibilidad de alguna afectación y el lugar de Otro de la ley. ¿Es por ello que este criminal no es un perverso? Después de todo la forma de su relato es una confesión del acto. En el discurso

perverso ¿hay confesión? Seguramente si se llega a confesar algo en el discurso perverso no es por estar afectado por la ley sino por permitirse la posibilidad de su transgresión confirmando al Otro del perverso que goza más allá de la ley. Como vemos en el cuento de Poe, el personaje está profundamente afectado, no se explica su acto pero siempre temió su advenimiento y su confrontación con el verdugo, la muerte y la ley. El acto fallido que como demonio de la perversidad lo tiene en dicha situación. Un acto logrado en el discurso que produce la verdad. Verdad que implica ley y muerte.

VI

A modo de conclusión diremos que visualizamos un movimiento subjetivo que se despliega en el discurso abriendo brecha en el Otro que tiene efectos a partir de ese momento como palabra plena. Palabra plena que se realiza en tanto afecta en el sujeto sacudiendo el centro de lo que sabe de sí mismo. Esta podría ser una gran diferencia entre la palabra vacía propia de la psicologización y la palabra plena del demonio de la perversidad anti psicológico. La palabra vacía en tanto modo discursivo operado por el control del Yo psicológico, contrario a ese demonio de la perversidad anti psicológico desestabilizador y baluarte de resistencia frente al control como lo decía Braunstein en nuestro epígrafe. Palabra vacía que son actos vacíos de vida vacías. Esta operación propia de la psicologización en el discurso del capital esta dotada de un sistema de identificaciones imaginarias que se convierten realmente en un credo de tonterías como bien le gustaba decir a Lacan:

“Acompañando el impulso de uno de mis pacientes hacia un poco de real, me deslizo con él sobre lo que llamaré el credo de tonterías, del que no se sabe si la psicología contemporánea es el modelo o la caricatura; a saber:

el yo, considerado a la vez como función de síntesis y de integración; la conciencia, considerada como la perfección de la vida; la evolución, considerada como el camino por el que adviene el universo de la conciencia; la aplicación categórica de este postulado al desarrollo psicológico del individuo, la noción de conducta, aplicada de manera unitaria para descomponer hasta la necedad todo dramatismo de la vida humana” (Lacan, 2006. 21).

Palabra vacía o credo de tonterías. De cualquier forma se trata del sistema donde el demonio de la perversidad irrumpe abriendo grieta en ese psicologismo donde hay que deslizarse con suficiente prudencia y cautela, como lo sugiere Lacan. La psicologización sería entonces algo así como el credo de las tonterías que vemos desfilar con intensidad en el discurso de alguien que inicia un análisis y que volviendo continuamente como defensa ante lo real nos muestra su estructura y el núcleo identificador que lo ampara. Es por ello que es esta psicologización en tanto que palabra vacía lo que muestra su modelo o su caricatura en que es psicología. Dicho de otro modo la psicologización es un modelo del credo de tonterías de la palabra vacía y de los efectos imaginarios de un Yo suficientemente robusto. De igual manera se trata de una ficción explicativa en tanto que cosmovisión ideológica de lo humano materializada en un psicologismo que se justifica socialmente porque se hace pasar por el bien común. Este reduccionismo de lo humano se expresa en este psicologismo que parte de un principio falaz: puede haber armonía absoluta entre el bien individual y el bien social. Tensión conflictiva que más bien debe observarse bajo la óptica de las relaciones sociales de producción y la división social de clases porque a manera de estructura es donde acontece el devenir subjetivo. Es justamente por

ello que el psicologismo no puede más que partir de un individualismo intrínseco propio de la ideología del capital. Entonces, ¿Dónde buscaremos la palabra plena? ¿En dónde se encuentran las condiciones de posibilidad de escuchar a este demonio de la perversidad anti psicológico?

“La contradicción, la inconsistencia, la ambigüedad y la ambivalencia son el material básico de la psicología humana, y solo hasta que nos tememos esto seriamente podremos entender mejor por qué la disciplina es incoherente y fragmentaria” (Parker, 2000. 99).

El demonio de la perversidad de Poe, que no es más que la subjetividad que se resiste a ser objetivada es al mismo tiempo el reconocimiento de que la crítica en psicología debería tomar en cuenta siempre estos cuatro ejes:

Cuadro II. Ejes de una psicología crítica. Contra la psicologización quiere decir



Foto: Díaz Mondragón, JM. (2026). Obra sin título

Contradicción	Inconsistencia	Ambigüedad	Ambivalencia
Se trata de una crítica a la ideología que nos impone pensar al sujeto humano como unidimensional. Crítica a lo humano como conciencia plena y total. Crítica de igual modo a la individualidad psicológica que se abastece y se auto engendra. Si se dirige a esto la crítica apunta directamente al corazón del discurso del capital	Aquí se trata de la crítica a la ideología que nos pide creer ciegamente en la posibilidad de que hay un saber consistente y objetivable de lo humano. Que puede realizarse a través de la psicologización en un saber científico sobre lo humano. Esta crítica implica sostener que no hay ciencia de lo humano sino sujeto de la ciencia. Se tal modo la inconsistencia es un registro de lo real antropológico que debe funcionar como punto de partida.	Nada puede ocurrir verdaderamente con una crítica de la ideología psicologicista sino nos obliga a despojarnos de ese reduccionismo de los fenómenos humanos, sus vastos y complejos procesos dialécticos donde el conflicto y la contradicción son permanentes. Conflicto y contradicción son en la estructura lo que fenomenológicamente se nos muestra como ambiguo en cada aspecto de la subjetividad humana.	El último aspecto a considerar en una crítica a la ideología del psicologismo y la psicologización que permea y moldea cuando nos encontramos ante la multiplicidad de perspectivas y experiencias variables de la subjetividad humana. El mismo lenguaje si pensamos al sujeto como sujeto del significante de tal forma que la ambivalencia es como las aguas turbias del mar donde se tiene que hacer representar. El sujeto no encuentra su concreción ni su realización sino en este plano de la inestabilidad ambivalente donde la experiencia humana tiene algo que decir.

crítica al sujeto del consumo creado por el discurso del capital que unitariamente encuentra su “realización” en el goce inmediato de la compra. Es la ambivalencia del deseo humano como baluarte contra la psicologización.

Valgan los cuatro puntos anteriores como conclusión y apertura de una nueva reflexión que de seguir nos llevaría mucho más lejos de lo planeado y que podría ser el pretexto para seguir el camino de esta reflexión que por lo tanto no concluye del todo. Digamos para finalizar. No hay identidad nuclear del género humano. La versión actual imperante es la de una psicologización que trabaja con una interpelación subjetiva que nos obliga a vernos a nosotros mismos como seres “psi”-cológicos. Sin embargo es a nivel de ciertos registros y ciertas experiencias donde esta psicologización estalla. Una subjetividad que se resiste a ser objetivada. Algo que fractura nuestras supuestas “identidades” proyectadas ya de ante mano en la psicología. ¿Dónde y en qué consisten esas experiencias donde somos diferentes para nosotros mismos? Edgar Allan Poe y su relato sobre el demonio de la perversidad nos permitieron ejemplificar una experiencia donde se rompen los esquemas de la psicologización y donde la subjetividad muestra un algo más que perturba, conmueve, contradice y desestabiliza. Estamos ante un desplazamiento subjetivo de la empresa individual capitalista, aquella que nos interpela diciendo que la persona puede trabajar sobre sí misma como un proyecto empresarial, diseñarse a sí mismo y gozar de los frutos de su propia individuación. La interpelación subjetiva, que a través de la psicologización nos indica vernos a nosotros mismos y al mundo en general en el discurso psicológico y sus teorías, sin embargo y afortunadamente, siempre en riesgo ante el demonio de la perversidad.

CUADROS

Cuadro I. Relación dialéctica psicologización-subjetividad. (Pág. 3)

Cuadro II. Los cuatro dejes para una crítica a la psicologización en Ian Parker. (Pág 16).

REFERENCIAS

- Asociacion Venezolana de Psicología Social. Braunstein, N. (2012) El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista. Siglo XXI. México.
- Camus, A. (2016) El mito de Sísifo. En Obras maestras. Editores Mexicanos Unidos.
- Freud, S. (1892-93) Un caso de curación por hipnosis. Amorrortu. Buenos aires. 2006
- Freud, S. (1930) El malestar en la cultura. Amorrortu. Buenos aires. 2006
- Freud, S. (1933) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Amorrortu. Buenos Aires. 2006
- Jan de Vos (2019) La psicologización y sus vicisitudes. Paradiso editores. México.
- Lacan J. (1967) Seminario XV El acto psicoanalítico. Kriptos.
- Lacan, J. (1974) El triunfo de la religión. Paidós. Buenos Aires. 2006.
- Parker, I. (2000) Humanismo y subjetividad en psicología. Revista AVEPSO. Caracas: Asociacion Venezolana de Psicología Social.
- Parker, I. (2010) La psicología como ideología. Madrid. Ed. Carata.
- Poe, E. A. (1845) El demonio de la perversidad. En Lo siniestro, el horror y su vida. Grupo editorial Tomo S.A. de C.V. 2012